

# Barrio Alto

Dana Hart



Subiendo por la avenida principal, pasando la rotonda y plaza central, donde suelen ubicarse las estatuas más patrióticas posibles. Pasando los edificios de rascacielos espejados, a donde van oficinistas a trabajar con sus maletines. Bajándose en el último paradero de la última locomoción colectiva. Y desde allí, media hora o cuarenta minutos más, por calles anchas, repletas de árboles milenarios y casas, que no son casas, sino mansiones. Por allá vivía don Jorge Manuel Echeverría. Tan arriba que perfectamente podía tocar satélites.

Llegar a su casa era una osadía. Sobre todo para las mujeres que se dirigían a hacer las labores de su hogar, o para los jardineros que con tijeras en mano, subían para podarle las flores. Se notaba enseguida quién venía a trabajar, y quién venía a aprovechar los lujos y ocios de su vivienda. Don

Echeverría era de estos últimos. Se bañaba en lujos. Literalmente. Su bañera era tan larga como él, pues cabía recostado y las burbujas, eran de champagne de la más cara. Tenía espejos de pared a pared y una regadera que parecía una catarata del Niágara. Vista directa a la Cordillera de los Andes. Terminaciones bañadas en oro. Azulejos traídos del Cairo. Toallas bordadas con su nombre escrito en dorado. Pantuflas de macramé, tejidas por el propio Dalai Lama. ¡Loza radiante! Que hacía que sus pies estuvieran tibios, aun en los momentos más nevados del invierno.

Su habitación era igualmente esplendorosa. Con un televisor de pared a pared, que no tenía nada que envidiarle a los cines del primer mundo. Un colchón sobre el cual podría haber pasado un tren, sin que él se despertara. Persianas automáticas que se bajaban con un bostezo. Alfombra hecha

de diamantes picados, algo filosos. Y sábanas de satín, como las que usaba Elton John cuando estaba acostado. En las paredes un Picasso original. Techos abovedados. Una estufa simulando ser una fogata, empotrada en la pared. Y un olor a Alpes Suizos, que ahuyentaba moscas y mosquitos, aunque probablemente no llegaran hasta aquel lugar, ningún tipo de bichos. Ni ratas, ni cucarachas, ni baratijas.

La parte más impresionante de todas, era el living, con una cocina de concepto abierto y un jardín de 100 metros cuadrados, cuya piscina servía para bañar a una familia entera de elefantes. Aguas termales. Pasto al natural, cortado al ras. Un ventanal con vitró inmenso, que permitía la entrada de una luz celestial. Lámparas de candelabros antiguos. Sillas de madera envejecida, talladas por gente de Bangladesh.

Esculturas traídas de lo que alguna vez fue el patio trasero de Leonardo Da Vinci y varios galgos, que galopaban entre mesas llenas de adornos con formas de modernidad.

Todo el espacio necesario para don Jorge Manuel Echeverría y su distinguida señora, doña Clara Catalina Echeverría, con la cual no había tenido ningún descendiente. ¿Para qué? Para que se pelearan por su fortuna y quisieran robarle sus valiosas propiedades. No, para nada. Jamás pensó en tener hijos o hijas. No les quería. No tenía ninguna intención. Eran un matrimonio que se codeaba con las mejores familias. Pasaba los viernes a la noche comiendo en los restaurantes más distinguidos y asistía regularmente a las reuniones del Club de la Unión, en donde tomaban brandi cubierto de oro azteca, para bajar la caña. Nadie les molestaba. No sabían lo que eran las

molestias. Nunca las habían tenido. Él, había heredado toda su fortuna de su padre. Y su padre, de su padre. Así que se habían pasado los tesoros de generación en generación, un hecho cultural bastante común. Solo que la mayoría de las familias, solo se pasa de generación en generación alguna receta, o un álbum de fotos. Los Echeverría en cambio, se habían pasado el lujo y la ostentación. Para qué hablar de los Lamborghini en el garaje. O de las piezas de colección arrebatadas de Museos, que servían para trabar las puertas.

- Te lo digo Clara, no me preguntas cómo me enteré, pero hay mucho, mucho potencial en ese lugar.
- ¿A qué te refieres con potencial, querido? Me refiero a que podemos aumentar considerablemente nuestras arcas.

- ¿Y es necesario eso? ¡No me digas que estamos en crisis! ¡No me digas que voy a tener que vender mi tapado de piel de tiranosaurio, porque te juro que me las vas a pagar Jorge!
- No, ¿cómo crees? ¡Mi reina! ¡Mi Diosa! ¡Mi Cleopatra! Eso jamás pasará... No es que lo necesitemos, es que podemos ir por más... ¿No te gustaría ir por más?
- Ay querido, siempre tan atrevido, ay... ¡Por supuesto que me gustaría ir por más! No ves que esa estúpida de la Cecilia se la pasa sacándome en cara que pasaron las vacaciones en esa isla de Bahamas a la que no me llevaste, de ¡puro avaro y malicioso!
- Es que estaba justo en medio de un asunto mi reina, no es que no te quisiera llevar, pero te prometo que te voy a llevar, ya te lo dije.
- ¡Quiero ir ya!

- Si mi amor, mi Diosa, te voy a llevar... Pero primero necesito que hablemos de esto, es menester para un hombre como yo, un hombre de familia, contar con tu apoyo, querida.
- Por supuesto que te apoyo, como siempre lo he hecho Jorge Manuel Echeverría, para eso estoy aquí. A ver, cuéntame más...
- Es un lugar, inhóspito. La gente es totalmente pacífica, así que no vamos a tener ningún problema, y el terreno es de nadie. ¡De nadie!
- ¿Cómo que es de nadie?
- Si querida, ¡De nadie!
- Imposible. Alguien debe tener algún título de propiedad. Te lo digo desde ya Jorge Manuel, si nos vamos a meter en problemas legales, ¡no! Que después ya me veo yo como la Shakira, teniendo que ir a declarar y no sé si tengo mi traje Chanel planchado oye. O me

podría poner el Louis Vuitton, que me queda pintado...

- No querida, no querida. Nada de ir a declarar. Te estoy hablando de una oportunidad única, valiosísima. Esta gente no sabe lo que tiene. Es tierra fértil, nadie posee los títulos de propiedad de nada. Hay que demoler eso sí, porque hicieron un ágora espantosa, está lleno de camas y cosas raras, un comedero de barrio muy poco pulcro que deja mucho que desear, y hasta un lavadero asqueroso tienen.
- ¿Un lavadero? Pero entonces, ¡viven ahí! Deben tener un título de propiedad Jorge Manuel...
- ¡No querida!, te estoy diciendo que no poseen nada, tienen esa idea, son como terroristas, el Che Guevara, no sé, algo de esas cosas...
- ¿El Che Guevara? ¿Y ese quién es?
- Un guerrillero pulgoso que hubo allá en Cuba.

- ¡Ay no querida, tremendo problema en el que nos vas a meter! ¿Cómo que Cuba? ¿Estás hablando de Cuba? ¿De tierras que quedan por allá?
- ¡No querida! Si Cuba ya dejó entrar al Capitalismo, tranquila, no es Cuba, no me vuelvas loco, me vas a hacer alterar, no quiero que pase de vuelta lo mismo que en Navidad, eh.
- Ay no, por favor te lo pido, que el servicio doméstico no está en este momento para limpiar. Pero a ver, vamos de nuevo, entonces, ¿estamos hablando de terroristas?
- ¡No querida! Nada de terroristas. Te digo que son gente pacífica, no tienen armas, no hay balas, ni fusiles. Es fácil. Es cuestión de llegar y entrar. Unas cuantas máquinas retroexcavadoras. Podemos pedir la ayuda al Municipio, así llegamos con policías, hasta el

Ejército me puedo conseguir. Un par de tanques y estamos adentro.

- ¡Ay tanques, Jorge Manuel, sabes que no me gusta la violencia!
- Obvio que no, a mi tampoco me gusta la violencia, prefiero toda la vida, llegar y tomar todo sin derramar una gota de sangre, pero ya viste cómo son...
- Entonces sí van a pelear...
- ¡No van a pelear! Te lo prometo. Es cuestión de llegar y entrar, instalar algo sencillo al principio... como un estacionamiento.
- ¿Y para qué queremos un estacionamiento en ese lugar, si no hay ni Mall ni nada por el estilo?
- Es solamente para empezar... Después construimos el Mall querida.
- Ahh, bueno, ahí me gustó más. Porque hay varias tiendas que no tienen estos rotos de

acá, haría falta una tienda Gucci, porque con H&M que acaban de inaugurar, te juro, me muero del patetismo oye.

- Cuatro o cinco pisos. Terrazas para poner todo tipo de restaurantes. Hasta un cine podemos poner...
- ¡Un cine no! Que llega todo tipo de roterío, después encuentran la manera, viajan, no sé, tienen autos, no se de dónde sacan los autos la verdad, si viven quejándose de la pobreza, del hambre y ahí los ves, manejando, qué rotería más grande.
- Bueno, un cine no, pero tiendas, muchas tiendas comerciales, vendemos todo. ¡Imagínate el ingreso! Se nos duplican, triplican las ganancias. Y todo es cuestión de llegar y entrar. ¡O un hotel! ¡Podríamos hacer un hotel resort de primer clase, ¡impresionante!

- ¿Pero no hay leyes y todo eso?
- ¿Qué leyes, mi reina?
- Para gente como yo, no hay leyes. ¡Yo hago las leyes! ¡Yo soy la ley, querida!
- Sí, lo mismo dijo José Luis, y mira dónde está.

Don Jorge Manuel Echeverría, fue hablar directamente con el Alcalde, quien muy entusiasmado, le brindó las unidades necesarias para el operativo. Contaba con doce excavadoras, diez patrullas y ciento cincuenta efectivos policiales. No pudo contar con el ejército, que en ese momento se encontraba muy ocupado, ingresando a un colegio secundario en toma.

Se dirigieron en dirección hacia aquel lugar, al que don Echeverría, con estrepitoso esfuerzo, los dirigía. Pasaron calles, avenidas, montañas y valles, cimas y declives, lagos y cascadas desprovistas de seguridad. Cada animal a su

paso, tiritaba del temor y susurraba miedo, sin poder ponerlo en palabras. Pero don Echeverría, nunca encontró el sitio que buscaba. Desamparada ambición. Se rieron de él, los conductores de las retroexcavadoras, que lo tomaron por loco. Pensaron que lo había soñado, o que lo había deseado tanto, en sus fantasías de riqueza, que había confundido la realidad, con sus ganas de colonizar.

Era como si todo ese lugar deseado, hubiera sido guardado en una caja, para su mayor seguridad.



[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)

